

Nueva evangelización:

El combate espiritual en la nueva evangelización

■ P. Rufus Pereira

A principios de 1997, *L'Osservatore Romano*, el periódico del Vaticano, publicó una serie de seis artículos bien documentados sobre «Sectas y cultos satánicos». Simplemente me confirmaban lo que había recogido, para mi gran horror, de los dos seminarios sobre «Satanismo» organizados por la Iglesia Luterana y la Iglesia católica en 1995, en Berlín Oriental: que el satanismo había sucedido al comunismo, como el mayor azote de la Europa cristiana de hoy. Una declaración emitida después de la asamblea plenaria previa de la Conferencia Episcopal Italiana corrobora esto: «Actualmente estamos siendo testigos de un renacimiento de la adivinación, la hechicería, la brujería y la magia a menudo mezcladas con un uso supersticioso de la religión».

Ya en 1971, el papa Pablo VI había hablado en una audiencia de «alguna cosa sobrenatural que ha venido a este mundo precisamente para disputar, para sofocar los frutos del concilio ecuménico (Vaticano II)». El 20 de junio de 1972 habló sobre el humo de Satanás que entraba en el templo de Dios y el 15 de noviembre de 1972, en respuesta a la pregunta que él mismo hizo en una audiencia general: «¿Cuáles son las mayores necesidades de la Iglesia hoy?», respondió, después de una dramática pausa: «Que nuestra respuesta no les sorprenda por ser demasiado simple o incluso supersticiosa e irreal. Una de sus mayores necesidades es la defensa de ese mal que se llama el Diablo». Pues cuando nuestros primeros padres cedieron ante el Tentador y pecaron contra Dios, llevaron a toda la humanidad con ellos bajo el dominio del Enemigo. El beato papa Juan Pablo II fue más optimista. «La Iglesia comparte en Cristo la victoria sobre el demonio», dijo el 20 de agosto de 1986, «y la Iglesia ejerce ese poder victorioso mediante la fe en Cristo (en la oración de liberación), que, en casos específicos, puede asumir la forma de exorcismo».

Por desgracia, los obreros propiamente dichos, es decir, los militantes de primera línea en este combate espiritual (Lc 10,3) siguen siendo muy pocos, pues no existe ni un solo exorcista nombrado en la mayoría de los países, e incluso en la mayoría de las diócesis en muchos de los otros países, y así nuestra gente



en su necesidad no tiene otra alternativa que la de acudir o bien a espiritistas o a neopentecostales que oran por sanación. No es de extrañar entonces que el papa Benedicto XVI dijera recientemente que la Iglesia necesita tres mil exorcistas más. Afortunadamente la Renovación Carismática Católica ha cubierto el vacío en este combate espiritual mediante un ministerio renovado de liberación, una de sus mayores contribuciones a la Iglesia Católica de hoy. Muchos sacerdotes y laicos de la Renovación Carismática ejercen hoy este ministerio, habiendo recibido del Espíritu Santo el carisma de sanación y específicamente el de liberación. Pero necesitan un apoyo mutuo de oración, una formación católica más sólida y una preparación exhaustiva en este ministerio exigente.

En febrero de 1999, fuimos invitados por la Conferencia Episcopal de Tanzania a dirigir un seminario de sanación y liberación de cinco días en el Centro Episcopal de Tanzania, en Dar es Salaam. Era por invitación y estaba dirigido específicamente a líderes de la Iglesia, incluyendo directores de institutos pastorales y catedráticos de teología de los cuatro seminarios mayores. A la conclusión del Seminario, los participantes prepararon y emitieron una declaración oficial, manifestando que el ministerio de sanación y liberación debía ocupar un lugar importante en la nueva evangelización del país para el nuevo milenio.

Pues está muy claro en la Biblia que Satanás o el Diablo, las palabras hebreas y griegas para el enemigo, sí existe y sí aflige al hombre. Esta es también la enseñanza continua de la Iglesia Católica, tal como se refleja en su teología y en sus declaraciones oficiales. Pero sobre todo es un redescubrimiento del minis-

EN ESTA EDICIÓN

Nueva evangelización:

El combate espiritual en la nueva evangelización

P. Rufus Pereira

Vida de un líder:

Hacer discípulos

Denise Bergeron

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Varias personas pueden orar o cantar en lenguas a la vez?



Pero para nosotros en la tradición católica, la liberación es más una expresión y demostración de compasión por la persona oprimida que un ejercicio de autoridad y poder contra el espíritu opresor.



Nueva evangelización: El combate espiritual en la nueva evangelización (continuación)

terio pastoral de nuestros días, que nos ha mostrado cómo existen muchos problemas y muchos males hoy y que son el resultado no solo de la inclinación personal hacia el pecado, el propio pecado (la carne), o de las presiones debidas a las heridas causadas por el hombre pecador (el mundo), sino también de algún mal personificado opresivo y preternatural (el demonio); y que no se pueden tratar adecuadamente tales problemas y males incluso por medio del arrepentimiento personal y la reconciliación interpersonal, mucho menos por la medicina y la psiquiatría, sino a través de lo que se llama oración y acto de liberación de tal fuerza o poder espiritual maligno (1 Pe 5,8-9; Ef 6,10-13).

De manera parecida, nuestra vida y nuestro ministerio serán sujeto de ataques del Maligno, pero saldremos victoriosos solo por el poder del Espíritu Santo. El Demonio tentó a Jesús para que siguiera sus seducciones y no cumpliera la misión divina de traer la salvación a la humanidad. La triple tentación de Cristo es así una advertencia para nosotros sobre cómo podemos ser tentados de manera similar a utilizar inclusive los dones de Dios de un modo que es contrario a su plan, sucumbiendo a las artimañas del Maligno, y también la garantía de cómo podemos no obstante vencer estas tentaciones imitando el espíritu y la resistencia de Jesús (Mt 4,1-11; Lc 4,1-13).

Hoy, la Iglesia se está dando cuenta de la necesidad de tal oración de solidaridad (Mt 18,19-20), y está reconociendo la urgencia de mantenerse unidos en intercesión por la protección y liberación de toda la Iglesia y de todo el mundo, tal como de Jesús mismo, su Cabeza, oró: «que los guardes del maligno. Que todos sean uno» (Jn 17,15,21), y tal como la Iglesia primitiva que oró al Señor incansablemente todo el tiempo que Pedro estuvo en prisión (Hch 12,5). Necesitamos orar de un modo que nunca habíamos hecho antes, siguiendo la oración del Señor: «y líbranos del mal» (Mt 6,13), y la oración de la Iglesia en la Misa: «Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días». Pues aunque hoy parezca que «el mundo entero yace en poder del Maligno» (1 Jn 5,19), Jesús ha declarado y sigue asegurándonos: «pero tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Por lo tanto, se debería crear una mayor consciencia de la importancia del ministerio de liberación para la sanación espiritual, emocional y física total. A lo largo de su historia, la Iglesia ha llevado a cabo el mandato confiado por Cristo a través del ministerio específico del exorcismo y del ministerio general de la liberación. Pero es especialmente hoy en día que a través de la Renovación Carismática Católica las personas se están volviendo más conscientes de la existencia y la influencia de Satanás, del peligroso error de buscar ayuda en las fuentes «equivocadas», y de la disponibilidad de los recursos de la Iglesia no solo para sanarlas de enfermedades físicas, emocionales y mentales sino para libe-

rarlas de la influencia y los ataques demoníacos.

Pero para nosotros en la tradición católica, la liberación es más una expresión y demostración de compasión por la persona oprimida que un ejercicio de autoridad y poder contra el espíritu opresor. No es un acto de expulsar al diablo de una vez por todas, sino más bien un proceso de restaurar a la persona afligida hacia la plenitud, reintegrándola en la comunidad y alentándola a dar testimonio y a ser testigo entre la gente. Es más un proceso de *libertación*, que consiste en lo que deberíamos hacer o en cómo deberíamos actuar antes, durante y después de la oración de liberación, más que un acto único de celo y «fuerza santa». La promoción de un ministerio de liberación continuo y sistemático dentro de la Iglesia local es y debería ser una parte integral de la nueva evangelización en el nuevo milenio, especialmente hoy cuando, como nos advierte *L'Osservatore Romano* del Vaticano, el satanismo en todas sus diversas formas y a través de todos los medios de comunicación modernos está asomando su fea cabeza.

Es por lo que el papa Juan Pablo II se dirigió a las conferencias episcopales de América Latina el 9 de marzo de 1983 en Haití. «Miren al futuro con compromiso a la nueva evangelización, una que sea nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión»; y el 7 de diciembre de 1990 el papa exhortó a toda la Iglesia, en su encíclica *Redemptoris Missio*, a «renovar su compromiso misionero» (2), y a «comprometer todas sus energías a una nueva evangelización» (3). Pues si el agente principal de la evangelización es el Espíritu Santo, y su herramienta mayor es la Sagrada Biblia, y su estrella guía es María Santísima, y su principal canal es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, es obvio que su mayor enemigo es el mismo Satanás, pues eso es lo que significa la palabra tanto en hebreo como en griego.

A pesar de que el Hombre sucumbió en el pecado original a las artimañas del Enemigo, lo cual atrajo el desastre y la ruina al ser humano, Dios le amó tanto que no le abandonó sino que dio a través de la Encarnación a su Hijo único, Jesús el Salvador, Emmanuel —Dios con nosotros—, la Buena Nueva, de gran alegría para toda la humanidad, que aplastaría el poder de Satanás sobre la vida del hombre, y le restauraría en gracia ante Dios su Padre (Gen 3,15; Jn 3,16). Así el Hijo de Dios vino para «deshacer las obras del Diablo» (1 Jn 3,8), para que «el príncipe de este mundo» (Jn 12,31) sea echado afuera, para sacarnos del «dominio de las tinieblas», y trasladarnos «al reino» (cf. Col 1,13). Así es como Pedro resume el ministerio de Jesús: «Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo y con poder, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10,38). Incluso mandó a sus apóstoles: «vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos», y les aseguró a los creyentes: «echarán demonios en mi nombre» (Mc 16,17). 🏠

Vayan y hagan discípulos

«Jesús se acercó a ellos y les habló así: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”» (Mt 28,18-20).

¡Qué misión más bella fue la que Jesús encargó a los once discípulos en la montaña de Galilea! Quizá en su corazón usted se diga a sí mismo: «esto no es para mí». ¡Piénselo de nuevo! Sí, esta misión es para usted, para mí, para todos nosotros. Compartiré con usted algunos pensamientos sobre lo que significa ser un discípulo. Es sencillo. El discípulo es alguien que ha experimentado un encuentro personal con Jesús. Ha experimentado un encuentro profundo que cambia y da sentido a su vida.

Esta experiencia maravillosa de Pentecostés es una realidad perdurable. Este encuentro con Jesús vivo en el núcleo del ser lleva a examinar el ser interior y a acoger su renovación.

El Espíritu Santo le da:

- El descubrimiento de la belleza que usted tiene como hijo de Dios, el valor inestimable que usted tiene a sus ojos y la nueva libertad que posee, que viene de conocer su amor.
- Su docilidad. El Espíritu de Pentecostés entonces se manifiesta en su vida como un viento huracanado... como una presencia nueva que llena y fortalece, como un fuego que se propaga y da testimonio de Cristo resucitado.
- Sus dones y carismas. Son «brisas», mociones suaves y delicadas, persistentes y atractivas, que el Espíritu de amor, por su presencia, sopla sobre usted para darle el empuje, la valentía y la fuerza de servir a Dios fielmente.

El discípulo se empapa de la oración y de la Palabra de Jesús

Dedíquele tiempo al Señor. En esta etapa, dedique su tiempo no solo al servicio activo sino también a la oración. Jesús dijo: «cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,6). Al acoger la Palabra de Vida, uno se encuentra con Jesús. Se descubren la compasión y la ternura del Padre, la Verdad de Dios y la verdad de nuestro ser. Todo el poder del apostolado se revela en este encuentro. Incluso cuando uno siente que no ha visto nada, que no ha entendido nada, un tiempo con Dios en intimidad, en el simple deseo de encontrarse con Él y entregarle el tiempo libremente, le hará descubrir cómo la Palabra se hace viva en su vida cotidiana.

El discípulo se compromete en fe y confía plenamente en Cristo

Siga el ejemplo de Pedro cuando Jesús dijo: «Rema mar adentro, y echen sus redes para pescar» (Lc 5,4). Es asombroso lo que Jesús le pide a Pedro. Sorprendentemente, Pedro, que cree en Jesús y decide confiar en Él, está dispuesto a intentarlo otra vez. «Maestro, hemos estado bregando toda noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes» (5). Entonces sucedió un milagro: «Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de

modo que las redes amenazaban romperse» (6).

El Espíritu Santo modela en usted el corazón de un discípulo

El Espíritu Santo le hace un misionero. Le da preocupación por los demás y la necesidad de evangelizar el mundo de un modo u otro. Jesús difundió la ternura de Dios en el mundo. Para crecer y desarrollarnos, necesitamos esa ternura. Jesús experimentó el amor de Dios mismo. Experimentó un amor que lo rodea. La misión del discípulo de Jesús es traer la presencia y la ternura de Dios al mundo.

El discípulo vive en obediencia al ejemplo de Jesús

Jesús dice: «he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38), y: «mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34). En la devoción de Jesús vemos que su corazón tierno ha recorrido la Ley pero va mucho más allá de ella.


La obediencia a la que Jesús le invita no es una obediencia servil, infantil, que atrofia su crecimiento, sino más bien aquella que deja abierta la libre elección de complacer a su Amo. Es por eso que Jesús pone orden en su vida y le ayuda a tomar decisiones que nutran el amor y la confianza total en Él. Esta obediencia nunca coarta la libertad. Jesús fue libre, incluso cuando se sometió a la «orden» que había recibido del Padre.

Para convertirse en un discípulo de Jesús, usted necesita:

- Tomar el camino de la conversión —lejos del mal y la muerte— hacia Dios, la vida y la libertad.
- Profesar su fe a través del testimonio de vida, el carácter, la integridad y la caridad, sin importar cuál sea su circunstancia.

Ser discípulo de Jesús significa estar en comunión:

- Comunión de oración. En la primera comunidad de Jerusalén, los discípulos «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hch 2,42).
- Comunión de fe: fe en la Iglesia, fe en la eficacia de la oración de intercesión en el Nombre de Jesús.
- Comunión de los sacramentos. El fruto de los sacramentos nos pertenece a todos. Un discípulo de Jesús permite que los dones espirituales y las riquezas recibidas en su bautismo den fruto al servicio de sus hermanos.
- Comunión de carismas. En la comunión de la Iglesia, el Espíritu Santo «distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, [...] para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia» (*Lumen Gentium*, 12). Sin embargo, «a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co 12,7).
- Comunión de caridad (cf. Rm 14,7). Jesús da una nueva perspectiva sobre la enfermedad y los enfermos. Insta a brindar compasión y sanación: «Y poniéndose en camino, predicaron que se convirtieran; expulsaban a muchos demonios, y unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban» (Mc 6,12-13).

Que el Espíritu Santo le haga un discípulo con un corazón encendido por el Señor. Recuerde que la esencia de la misión de la Iglesia es mostrar la ternura de Dios. 



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Varias personas pueden orar o cantar en lenguas a la vez?

Para responder a esta pregunta, permítanme primero recalcar que no existe ninguna doctrina católica específica en cómo utilizar el carisma de lenguas. Las breves referencias a las lenguas en la enseñanza de la Iglesia simplemente afirman que la glosolalia es uno de los carismas dados por el Espíritu Santo y que todos los carismas tienen por objetivo el bien común de la Iglesia (ver CIC N° 2003). Por lo tanto, para discernir directrices pastorales sobre el uso adecuado del don de lenguas uno debe ir a la enseñanza de san Pablo en *1 Corintios* 12-14, aunada al sentido común y la sabiduría práctica que procede de la experiencia.

La enseñanza de Pablo en la *Primera carta a los corintios* implica que existen dos formas diferentes del carisma de lenguas. La distinción entre las dos a veces se describe como «orar en lenguas» y «hablar en lenguas».

«Orar en lenguas» es el don de lenguas como idioma de oración, una oración y una alabanza del corazón desbordantes que se expresa en voz alta pero no con sonidos racionales. «Pues el que habla en lenguas no habla a los hombres sino a Dios. En efecto, nadie le entiende: dice, en espíritu cosas misteriosas» (1 Co 14,2). Este carisma es algo muy cercano a la oración contemplativa. Pablo advierte que es valioso para el crecimiento espiritual de una persona (cf. 1 Co 14,4), e indica que esta forma de lenguas está al alcance de todos (cf. 1 Co 14,5). Esta forma de lenguas es común en la Renovación Carismática hoy, y varios de los santos al aparecer lo tuvieron, incluyendo Agustín, Bernardo, Teresa de Ávila y Juan Vianney. Santa Teresa escribió: «da nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña, que no sabe entender qué es... Parece esto algarabía, y cierto pasa así, que es un gozo tan excesivo del alma, que no querría gozarle a solas, sino decirlo a todos para que la ayudasen a alabar a nuestro Señor» (*Castillo interior*, VI.6.10). Existen muchos casos registrados de lenguas milagrosas, donde el que habla lo hizo en un idioma desconocido para él pero conocido para uno que escucha.

«Hablar en lenguas» es las lenguas en forma de mensaje público dirigido a la asamblea, un carisma menos común. En este caso, Pablo enseña que el mensaje en lenguas debe estar seguido de una interpretación. Si no, no tiene sentido alguno para las personas y no tiene la capacidad de edificarlas. Cuando un mensaje en lenguas va seguido de una interpretación, es de hecho una forma del carisma de profecía. Pablo subraya la supe-


rioridad de la profecía por su capacidad de fortalecer, alentar y consolar a los miembros del cuerpo de Cristo. «El que habla en lenguas se edifica a sí mismo; el que profetiza, edifica a toda la asamblea. Deseo que todos ustedes hablen en lenguas; prefiero, sin embargo, que profeticen. Pues el que profetiza supera al que habla en lenguas, a no ser que también interprete, para que la asamblea reciba edificación» (1 Co 14,4-5; ver 14,28).

El desorden que Pablo corrige es evidentemente un uso desordenado de esta segunda forma del carisma de lenguas. Lo que parece haber sucedido en Corinto es que las personas estaban diciendo mensajes en lenguas en voz alta sin respeto por el orden necesario o por otra persona que ya estaba hablando. Es por lo que Pablo les

enseña: «En cuanto a los profetas, hablen dos o tres, y los demás juzguen. Si algún otro asistente tiene una revelación, cállese el primero. Pues todos pueden profetizar por turno para que todos aprendan y se animen» (1 Co 14,29-31).

Esto nos hace preguntarnos: ¿las personas pueden orar en lenguas todas a la vez? Aunque no podemos saber con certeza lo que sucedía en las reuniones de los corintios hace dos mil años, la experiencia carismática de nuestros días parece corresponderse de muchas maneras a lo que Pablo describe. Sabemos desde la experiencia

contemporánea que cuando muchas personas cantan u oran en lenguas juntas (el primer uso de las lenguas descrito antes), existe una gran armonía provocada por el Espíritu. A veces existe una armonía notable en los tonos musicales. Lo que es más importante, existe una unidad espiritual producida por adorar al Señor en común acuerdo. Cada persona está alabando a Dios en una lengua diferente, pero todas las lenguas se combinan en unidad. Es lo opuesto a la discordia que Pablo describe cuando el don de hablar en lenguas se utiliza incorrectamente —es decir, cuando varias personas tratan de llamar la atención para dar un mensaje en lenguas al mismo tiempo—.

Pablo nos recuerda que el criterio máximo para el uso de las lenguas y de todos los dones carismáticos es el amor. «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe» (1 Co 13,1). El amor es la motivación y objetivo que da a los dones su valor. Si somos fieles al consejo de Pablo, tanto la oración como el mensaje en lenguas glorificarán a Dios y edificarán a la asamblea en el amor. 

«**Sabemos desde la experiencia contemporánea que cuando muchas personas cantan u oran en lenguas juntas, existe una gran armonía provocada por el Espíritu.**»